

## 1

La casa era grande porque nuestros proyectos también lo eran. El primero ya estaba allí, un bulto en el vientre de la futura madre, un bulto de movimiento sinuoso, deslizante y escurridizo, como un nido de serpientes. En las horas tranquilas que preceden a la medianoche, pego la oreja al lugar y oigo un rumor como de arroyo: gorgoteos, succiones, chapoteos.

–La verdad es que se comporta como el macho de la especie –dije.

–No necesariamente.

–Ninguna niña da esos puntapiés.

Pero mi Joyce no discutía. Llevaba aquello dentro y me trataba con distancia, con desdén e irradiando beatitud.

Pero a mí el bulto no me gustaba.

–Es antiestético. –Y le sugerí que se pusiera algo para comprimirlo.

–¿Y matarlo?

–Hacen prendas especiales. Las he visto.

Me miró con frialdad, a mí, al ignorante, al idiota con quien se había cruzado por la noche, ya no persona, maligno, absurdo.

La casa tenía cuatro dormitorios. Era una casa bonita. Tenía una valla de madera alrededor. El tejado era a dos aguas y muy empinado. Entre la puerta de la calle y la puerta de la casa corría un pasillo de rosales. Un amplio arco de terracota cubría la entrada principal. En la puerta había una sólida aldaba de bronce. El número de la vivienda era el 37, mi número de la suerte. A menudo cruzaba la calle y me la quedaba mirando boquiabierto.

¡Mi casa! Cuatro dormitorios. Espacio. Dos ya estábamos instalados y otro venía de camino. Al final serían siete. Era mi sueño. Un hombre de treinta años aún estaba en condiciones de tener siete hijos. Joyce tenía veinticuatro. Un niño cada dos años. Llega uno, faltan seis. ¡Qué bello era el mundo! ¡Qué vasto el firmamento! ¡Qué rico el soñador! Naturalmente, tendríamos que añadir un par de habitaciones.

—¿Tienes antojos? ¿Deseos raros? Tengo entendido que esas cosas suceden. He leído mucho sobre eso.

—No tengo nada.

También ella leía: Gesell, Arnold, *El infante y el niño en la cultura actual*.

—¿Qué tal es?

—Muy informativo.

Miró hacia la calle por la puerta vidriera. Era una calle con mucho movimiento, una travesía de Wilshire, donde los autobuses rugían, donde el tráfico sonaba a mugidos de ganado, un bramido constante rasgado ocasionalmente por alaridos de sirenas, pero todo muy impersonal, lejano, a cincuenta metros de allí.

—¿No podríamos comprar otras cortinas? ¿Hemos de tener cortinas amarillas y galerías verdes?

—¿Galerías? ¿De qué galerías hablas, mamá?

—No me llames así, por el amor de Dios.

—Perdona.

Volvió a la lectura de Gesell, Arnold, *El infante y el niño en la cultura actual*. El embarazo propiciaba la lectura. El bulto era ideal para apoyar el libro, le llegaba casi a la altura de la barbilla y facilitaba la tarea de pasar páginas. Joyce era muy guapa, tenía unos ojos grises que brillaban de un modo increíble. En aquellos ojos había algo que antes no estaba. Osadía. Era impresionante. Tenía que desviar la mirada. Me puse a observar la puerta vidriera y averigüé lo que eran las galerías porque eran lo único verde que había allí: esos bastidores forrados de los que cuelgan las cortinas.

—¿Qué clase de galería prefieres, cielo?

—Haz el favor de no llamarme cielo. No me gusta.

Allí la dejé, con los ojos relampagueando amenazas, la boca apretada alrededor del filtro del cigarrillo, sujetando el libro de Gesell con sus dedos largos y blancos. Salí al jardín y me quedé entre las rosas, satisfecho de mi casa. Eran las ventajas de ser escritor. Yo, John Fante, autor de tres libros. Del primero se vendieron 2.300 ejemplares. Del segundo, 4.800. Del tercero, 2.100. Pero en el cine no hay derechos de autor. Si tienes lo que les interesa en el momento, te lo compran, y a buen precio. En aquel momento tenía lo que les interesaba y todos los jueves recibía un cheque.

Llegó un caballero por el asunto de las galerías. Era marica, tenía las uñas transparentes y llevaba un pañuelo estampado debajo de la chaqueta deportiva de cinturón. Se retorció los afilados dedos y tuvo una charla privada con Joyce en la que no pude intervenir. Rieron y parlotearon mientras tomaban té y pastas, y a ella se la notaba contenta de estar con un gallo sin espolones. Al ver las galerías verdes, el decorador se echó a temblar y dio un chillido de triunfo cuando las quitó de un tirón y las cambió por otras azules. Mandó llamar un camión y se llevaron los muebles

para cambiarles el tapizado, para que hiciera juego con las nuevas galerías.

El azul tranquilizaba a Joyce. Ahora estaba la mar de contenta. Limpió cristales. Enceró suelos. No le gustaban las lavadoras y lavaba a mano. Habíamos tenido una asistente que se encargaba de las tareas más pesadas, acudía dos veces a la semana, pero Joyce la despidió.

—Lo haré yo sola. No necesito ayuda.

Pero había mucho que hacer y se cansó. Vi diez camisas cuidadosamente planchadas, una encima de otra. Vi una mancha roja en su pulgar, una quemadura. Se le había soltado el pelo y tenía un aspecto penoso, estaba realmente agotada. Pero el bulto seguía firme e invicto en su lugar, sin cansarse en absoluto.

—No aguanto más —gruñó—. Esta casa es inmensa.

—¿Y por qué te empeñas? Sabes que no deberías esforzarte.

—¿Te gusta vivir rodeado de desorden?

—Llama a alguien. Podemos permitirnoslo.

Ah, cuánto me odió; apretó los dientes y se recogió los mechones sueltos con ademán valeroso. Cogió el trapo del polvo y se alejó trastabillando hacia el comedor, donde se puso a limpiar la mesa con amplios y desesperados movimientos, muerta de cansancio, apoyada en los codos, jadeando.

—Déjame ayudarte.

—No me toques. ¡No te atrevas!

Se desplomó en un sillón, con el pelo en desorden otra vez, el dedo en carne viva, ya medalla a la nobleza, con un brillo peligroso en sus agotados ojos grises, con el trapo colgando de la mano y una sonrisa de nostalgia en los labios, una expresión de añoranza que indicaba que estaba pensando en tiempos más felices, probablemente en el ve-

rano de 1940, cuando era una joven delgada, cuando no tenía que hacer tareas que le destrozaban la espalda, cuando estaba soltera y sin compromiso y subía la cuesta de Telegraph Hill con el caballete y las pinturas, y escribía sonetos de amor trágico mientras contemplaba el Golden Gate.

—Deberías contratar a una criada, de las de jornada completa.

Porque corrían tiempos de vacas gordas para el plumífero y el dinero se amontonaba todos los jueves, cuando se presentaba mi agente con su ingenio, su camaradería y lo que quedaba de los honorarios que me pagaba la Paramount después de pasar por el filtro de la administración pública y por sus manos. A pesar de todo, nos sobraba el dinero.

—Vete por ahí de tiendas, querida. Cómprate algo que te guste.

Que Dios me ayudara. Había olvidado el bulto y traté en vano de tragarme las palabras que acababa de pronunciar. Joyce no las olvidó y yo fingí que no la miraba cuando bajó por las escaleras, barriéndolas, hecha un globo blanco, reprimiendo eructos y paseándose de aquí para allá, como un presidiario.

—Deja de mirarme —dijo.

—Seguro que te pasas el día mirando a las actrices esbeltas —dijo.

—¿En qué piensas? —dijo.

—Nunca más. Es la primera y la última —dijo.

A veces, levantaba los ojos y la veía mirándome y moviendo la cabeza.

—¿Por qué se me ocurriría casarme contigo?

Yo guardaba silencio y sonreía como un bobo, porque tampoco yo lo sabía, pero me sentía contento y orgulloso de que hubiera dado aquel paso.

Se le pasó la manía de hacer las tareas de la casa y volvió a contratar a la asistente. Entonces le dio por la jardinería. Compró libros y herramientas. Un día, al volver a casa, vi en el garaje diez sacos de estiércol de vaca. Destruyó el pasillo de rosales, doce arbustos, seis a cada lado del sendero; hundía la pala debajo, los arrancaba del suelo y se los llevaba a rastras al patio trasero. Cortaba las raíces con un hacha de mano. Se ponía guantes y se pasaba los días arrodillada al pie de los setos, plantando bulbos, abonándolos con estiércol y musgo compacto, desollándose las rodillas y cubriéndose los brazos de arañazos. Le entró la obsesión de limpiar el jardín. Todos los días hacía recorridos de inspección, incluso en el callejón, cargada con un saco de arpillerá y recogiendo desperdicios. Le dio por quemar todo lo que no echaba raíces: ramitas de los setos, hojas, astillas de madera. Hizo un agujero en el patio trasero para preparar abono, echaba las briznas de hierba, lo mezclaba todo con estiércol, lo regaba y lo removía de vez en cuando con una herramienta.

Solía encontrármela allí al atardecer, cuando dejaba el coche en el garaje. Por lo general estaba junto al incinerador, triste figura con un pañuelo blanco en la cabeza, echando cosas a las llamas, envases de cartón amontonados y listos para quemarse, y observaba el fuego con fijeza y de vez en cuando lo removía con un palo. Se obsesionó por tener limpio y en orden el espacio del incinerador, metía las latas pequeñas en otras mayores, tenía cajas especiales para las latas, cajas especiales para las botellas vacías. Envolvía cuidadosamente la basura del día en papeles de periódico y ataba el paquete con una cuerda.

Por la noche la oía merodear por la casa, cerrar la puer-

ta del frigorífico, tirar de la cadena, encender la radio de la planta baja, dar vueltas por el patio trasero. La veía por la ventana pasear al claro de luna, turgente aparición en alboroz, avanzando con el bombo por delante con pausada majestad, por lo general con un libro bajo el brazo, por lo general Gesell, Arnold, *El infante y el niño en la cultura actual*.

–No duermas más conmigo –dijo–. Nunca más.

–¿Después de que nazca el niño tampoco?

–Será chica.

–¿Por qué te empeñas en decir que será chica?

–No me gustan los chicos. Son asquerosos. Ellos tienen la culpa de todo lo que pasa en el mundo.

–Las chicas también dan problemas.

–No esos problemas.

–Ya verás como quieres a nuestro hijo.

–Se llamará Victoria.

–Se llamará Nick.

–Me gusta más Victoria.

–¿Has dicho Victor?

–He dicho Victoria.

Además, estaba aquella necesidad febril que sentía por ella. La había sentido desde el primer momento en que la vi. Aquella primera vez se me escapó, se fue de la casa de su tía, donde nos habíamos conocido a la hora del té, y me sentí fatal sin ella, un tarado absoluto hasta que la volví a ver. Por ella me habría ganado la vida en otras lides –el periodismo, la albañilería–, donde fuera. Todas las características de mi prosa se debían a ella. Porque yo no hacía más que bregar con el oficio, lo odiaba, me desesperaba, estrujaba cuartillas y las arrojaba al otro extremo de la habitación. Pero ella era capaz de dar utilidad al material de-

sechado, encontraba elementos que había allí y la verdad es que yo nunca sabía cuándo hacía las cosas bien y cuándo no, creía que cuanto había escrito en mi vida estaba dentro de lo normal, ya que no tenía forma de estar seguro. Pero ella sabía revisar las cuartillas, dar con lo bueno y salvarlo, y pedir más, así que acabé acostumbrándome: yo escribía lo mejor que sabía, le entregaba las páginas y ella pulía, cortaba y pegaba, y cuando estaba todo terminado, con un planteamiento, un nudo y un desenlace, yo me quedaba más asombrado que si lo hubiera visto impreso, porque de entrada yo no habría podido hacerlo solo.

Así tres años, cuatro, cinco, y empecé a tener los rudimentos del oficio, pero eran los rudimentos de ella, porque la opinión de cualquier otro lector me importaba poco, escribía sólo para ella, y si ella no hubiera estado allí, puede que yo no hubiera escrito ni una sola línea.

Cuando se quedó embarazada dejó de leerme. Yo le enseñaba escenas del guión en cuestión, pero no le interesaban. Aquel invierno, en su quinto mes, escribí un cuento y ella derramó el café encima, un acontecimiento totalmente insólito, y lo leyó con atención bostezante. Antes del embarazo se habría llevado el manuscrito a la cama y habría pasado horas podándolo, corrigiéndolo y poniendo notas al margen.

El niño se interpuso entre nosotros, como una piedra. Yo estaba preocupado y me preguntaba si alguna vez volvería la normalidad de antes. Añoraba los viejos tiempos en que podía entrar en su dormitorio y tocar algo íntimo suyo, un pañuelo, un vestido, una cinta blanca; el solo contacto con estas prendas me mareaba, me hacía croar como una rana toro por los favores de mi amada. La silla en que se sentaba delante del tocador, el espejo que reflejaba su fascinante rostro, la almohada en que apoyaba la ca-



beza, el par de medias arrojado sobre la ropa sucia, la desarmante zorrería de sus bragas de seda, sus camisones, su jabón, sus toallas, todavía calientes y húmedas después del baño; necesitaba aquellas cosas, eran parte de mi vida con ella, y las manchas de carmín carecían de importancia, porque procedían de los cálidos labios de mi mujer.

Las cosas habían cambiado. Sus vestidos se habían deformado y habían abierto un boquete en la parte delantera por la que asomaba el bulto, sus combinaciones eran sacos informes, sus zapatillas eran literalmente para pasear por arrozales, y sus blusas parecían tiendas de campaña. ¿Qué hombre frotaría aquellos vestidos contra su cara y se estremecería con la pasión de antaño? Además, ahora todo olía de otro modo. Antes se ponía un embrujo llamado *La Fougeraie au Crépuscule* y era como respirar aires de Chopin y Edna Millay, y cuando brotaba esta fragancia de su pelo y de sus hombros, yo sabía que habían levantado la veda y que quería que la acosaran. Había dejado de ponerse *La Fougeraie au Crépuscule* y ahora se ponía otra cosa, una especie de colonia de Gayelord Hauser, el naturópata de las estrellas, queapestaba a salud, a alcohol puro y a jabón normal. También estaba presente el tufo de las pastillas de vitaminas, de la levadura de cerveza y de la melaza negra, y de un bálsamo blancuzco para suavizar los pezones hinchados.

Cuando estaba acostado, la oía trastear por la casa y me preguntaba qué nos había ocurrido. Fumaba en la oscuridad y gemía, porque me estaba arrojando en brazos de otra mujer. Ya no me quería, me obligaba a cometer adulterio, a tener una amante. Pero ¿qué amante? Había estado ausente durante años de las selvas a las que los solteros iban de safari. ¿Dónde iba a encontrar otra mujer, aunque lo deseara? Me vi merodeando por Santa Monica Boulevard, babeando ante las mujeres solas de los bares raros y con poca

luz, echando el bofe para entablar una conversación inteligente, bebiendo como un cosaco para disimular la descarnada sordidez de estos romances. No, no podía ser infiel a Joyce. Ni siquiera quería serlo y esto también me preocupaba. Porque ¿no era como si dijéramos una costumbre masculina echar una cana al aire durante el embarazo? Ocurría todo el tiempo, allá en el club de golf se lo oía decir a todos los socios. Así pues, ¿qué me pasaba? ¿Por qué no estaba en la ciudad, buscando placeres prohibidos? Y me quedaba en la cama, tratando de encender una chispi-ta de aquella pasión por el fruto exótico. Pero no había ma-nera.

No obstante, me alegraba de dormir solo. Había olvidado lo bien que sienta. Noche tras noche, durante cuatro años, habíamos compartido la cama. Había acabado por someterme, por aceptar las coces sin quejarme, por dormir medio destapado más de mil trescientas noches. Joyce había cambiado mucho a causa de su estado. Toda noción de juego limpio había desaparecido. Había vuelto al primitivismo de la selva, donde se lucha por sobrevivir. Ahora me golpeaba fría y deliberadamente. Me despertaba a las tantas de la noche quitándome una almohada de debajo de la cabeza, o masticando manzanas, o sometiéndome al refinado tormento de echar hacia mi lado las migas de las galletas integrales. Comía como una prisionera de guerra recién liberada y se metía en la cama con bocadillos gigantes y una jarra de leche. Daba miedo ver cuánta leche bebía. Se sentaba apoyada en las almohadas –las mías y las suyas–, comía y leía, sobre todo Gesell, Arnold, *El infante y el niño en la cultura actual*; Gesell, Arnold, *Las costumbres alimenticias de los niños: la higiene de la edad temprana desde el*

*punto de vista pediátrico* (con ilustr.); o Gilbert, Margaret, *Biografía de un feto*.

Diez veces se levantaba corriendo todas las noches, iba al cuarto de baño, tiraba de la cadena con estrépito desafiante, hacía gárgaras, se cepillaba los dientes, se duchaba. Volvía a la cama con salto, patinazo y rebote, y cual una divinidad abotargada envuelta en almohadas, se apoltronaba en un lecho que parecía ya una casa de comidas. Si me movía o murmuraba, no me hacía el menor caso.

Pues sí, estaba muy contento de dormir solo, de estar en una cama que no fuera además una tienda de comestibles, de yacer con brazos y piernas estirados. Era un placer secreto, un deleite atávico, un regreso a la Madre Tierra. Pero Joyce se dio cuenta; tuvo que percibirlo a través del tabique, porque se puso a pedir cosas. Un vaso de leche, un bocadillo, una cerilla, un libro. Y si no era eso, la luz de mi mesilla de noche se encendía bruscamente y allí estaba ella, gorda, blanca y triste, diciendo con toda tranquilidad: «No puedo dormir.» Mi cama era individual y cuando se acostaba en ella no dejaba sitio para nadie más, salvo que se quedara boca, panza y bulto arriba. Yo reculaba. Y era como dormir al borde de una zanja.

—Me odias, ¿verdad? —dijo ella.

—No, no te odio.

—¿Por qué te alejas? ¿Te pasa algo?

—No puedo dormir encima de ti.

—Si quisieras, podrías.

—Lo siento, no me seduce.

—¿Me huele el aliento?

Me lo echó en la cara. La boca antaño cálida y dulce olía ahora a embarazo, y no es que fuera desagradable, pero tampoco era agradable.

—No tira de espaldas.

Durante un rato no movió ni un músculo, la vista fija en el techo, el bulto subiendo y bajando rítmicamente, las manos cruzadas encima. Se echó a llorar y un par de riachuelos cruzó sus mejillas.

—¿Qué te ocurre, cielito?

—Estoy estreñida —dijo sollozando—. Siempre estoy estreñida.

Me acerqué a ella, le aparté el pelo y la besé en la frente.

—Nadie quiere a una mujer embarazada —añadió—. Lo veo en todas partes. En la calle, en las tiendas, en todas partes. Se te quedan mirando. Es espantoso.

—Imaginaciones tuyas.

—El carnicero, ese tan simpático. Antes era amable. Ahora apenas me mira.

—¿Y eso es importante?

—¡Es muy importante!

Lloró mucho aquella noche, hasta que se le hincharon los carrillos y le desapareció la tensión, hasta que la actividad del nido la distrajo. Apartó las mantas.

—Mira.

El niño se removía como un gatito metido dentro de un globo. Coceaba con energía y podía verse el perfil de un pie diminuto estampado contra las paredes de aquella cárcel.

—Las chicas no dan esas patadas.

—Que te crees tú eso.

Pegué el oído al bulto cálido y blando, y escuché. Percibí ruidos de fábrica de cervezas, cañerías que silbaban, cubas de fermentación, lavabotellas que humeaban, y a lo lejos, en el tejado de la fábrica, una voz pidiendo socorro. Me asió la mano.

—Palpa la cabeza.

Encontré el punto; era del tamaño de una pelota de béisbol. Palpé sinuosidades que me parecieron manos y pies. Di un respingo, pero no dije nada para no alarmar a Joyce. Había dos pelotas de béisbol, ¡había dos cabezas!

Le dije que era maravilloso, pero el miedo me atenazaba la garganta, porque eran reales, estaban allí, mi adorable Joyce llevaba el horror en las entrañas. Volví a pasar la mano por el punto. No había ninguna duda. El feto era un monstruo. Apreté los dientes y volví a tumbarme con el corazón lleno de angustia, demasiado aterrorizado para hablar. No era muy digno llorar en una ocasión así, pero no pude contener el dolor, y cuando Joyce vio mis lágrimas me las enjugó con ternura, complacida por mi sensibilidad.

—¡Cariño! Qué sentimental eres.

Al final conseguí dominarme, pero quería estar solo, para reflexionar, para llamar al doctor Stanley y averiguar si podía hacerse algo. Su apetito me dio la excusa. Quería un bocadillo de aguacate. Me levanté para preparárselo. Pero tenía que estar seguro de que no había habido ningún error, y volví.

—Déjame tocarlo otra vez —dije.

—Claro.

Apliqué la palma al punto. Cuando las dos protuberancias punzaron mi mano casi me desmayé. Luego era verdad; habíamos engendrado un monstruo. Fui a la planta baja tambaleándome. En la estrecha recocina donde tenemos el teléfono, en aquel pequeño y oscuro espacio, apoyé la cabeza en la pared y lloré de nuevo.

Aquello aclaraba muchas cosas y el pasado se revelaba ahora como un cubo de basura boca abajo. Porque no era culpa de Joyce. Ella había llevado siempre una vida pura e impoluta. Pero los años de soltero de John Fante habían sido un vendaval de aventuras desenfundadas. Había habi-

do para ruborizar a cualquiera; había habido pecados, pecados graves, y de un modo u otro, en aquella espiral de corrupción se había sembrado el castigo, y había llegado la hora de recoger la perversa mies.

Preparé el bocadillo y se lo subí. Joyce ya estaba lista, flotando en almohadas, con los brazos abiertos para recibir la comida. No pude más. Bajé, descolgué el teléfono de la recocina, cerré las puertas y marqué el número del doctor Stanley. Estaba en el hospital, pendiente de un parto.

–Tengo que verle enseguida.

–¿Cómo está Joyce?

–Ella bien. Se trata de mí. Y de la criatura.

–¿De usted?

–Voy para allá. Es muy importante.

Volví arriba. Joyce ya había dado cuenta del bocadillo. Yacía cuan larga era, contemplando el bulto.

–Es bonito –dijo–. Todo es bonito.

No tardó en dormirse. Me vestí, bajé de puntillas y salí por la puerta lateral que daba al garaje. Eran las tres menos cuarto, las calles estaban vacías, y había algo demencial en el extraño silencio de la vasta metrópoli. Diez minutos más tarde aparcaba delante del Hospital St. James. En recepción me dijeron que el doctor Stanley se encontraba en la planta doce. Traía tantos niños al mundo que el hospital le tenía reservada una habitación en el ala de maternidad, para que pudiera dar cabezadas. La puerta estaba abierta. Lo vi tendido en un sofá cama, en mangas de camisa. Mi suave llamada lo despertó al instante, y se puso en pie. Era bajo y tenía cara de niño y unos grandes ojos que lo miraban todo con asombro. Nos dimos la mano.

–¿También usted está embarazado?

Le dije que no era cosa de broma.

–¿De veras?

—Creo que estoy muy enfermo.

—A mí me parece que está muy bien.

—Espere a que le cuente. No le hará tanta gracia.

—Espero. Siéntese.

Me dejé caer en el sofá cama y busqué el tabaco.

—A la criatura le sucede algo realmente malo.

—Creí que se trataba de usted.

—A eso voy. Mi indisposición está relacionada con la criatura. Mi enfermedad.

—¿Qué enfermedad es?

No podía decírselo. No quería decírselo.

—¿Cuándo se hizo la última prueba de sífilis?

Le dije que hacía alrededor de un año.

—Pero no es un test infalible. Lo leí en una revista.

—¿Ha sido infiel a su esposa?

—Sí, o sea, no. Lo que quiero decir es que antes de casarme hubo una chica. En realidad, varias chicas. Y a lo que voy es a que estoy preocupado.

—¿Por qué cree que a la criatura le pasa algo?

—La he palpado.

—¿Palpado? ¿Cómo?

—Puse la mano en el vientre de Joyce.

—¿Y?

—Y noté algo raro.

—¿Qué notó?

—Lo leí en un artículo publicado en una revista médica. A veces, la reacción de Wassermann se equivoca.

—¿Qué notó?

De pronto se me pasaron las ganas de seguir hablando. De pronto comprendí que había hecho el ridículo, que la criatura estaba bien, que no tenía dos cabezas, que había sido una ocurrencia para castigarme y que estar en aquellos momentos en la planta doce del ala de maternidad del

Hospital St. James, hablando con el doctor Stanley a las tres y media de la madrugada, era el colmo de los despropósitos. Deseé estar lejos de allí, en mi coche, camino de casa, para meterme en la cama y taparme la cabeza con mantas, y despertar como nuevo al día siguiente. Pero estaba delante del cansado galeno, contándole insensateces, sin más alternativa que escapar de un modo educado.

—Doctor Stanley, creo que he cometido una grave equivocación.

—Estamos en que usted palpó a la criatura y notó algo raro. Hábleme de esa rareza. Descríbala.

La respuesta era «dos cabezas», pero antes que decirlo me tiraba por la ventana.

—Lo siento, doctor. Me confundí. Pensé que había palpado algo. Siento haberle molestado.

Retrocedí para irme, pero me detuvo, pulsó un botón de la pared y apareció una enfermera. Me ordenó que me quitara la chaqueta y me subiera la manga, porque quería tranquilizarme, despejar todas las dudas que tuviese.

—Pero esto es absurdo. A mi sangre no le pasa nada, absolutamente nada.

Me puso un brazalete de caucho, las venas se me hincharon, sentí el pinchazo de la aguja y vi ascender mi sangre aspirada por la jeringuilla.

—Vuelva mañana por la noche —dijo—. A cualquier hora. Estaré aquí con el resultado del análisis.

Me bajé la manga.

—Es una tontería. No me pasa nada.

—Váyase a casa. Duerma un poco.

Volví cruzando las calles silenciosas, pensando en las chicas de antaño, en la dulce Avis, en la querida Monica, y de repente me sentí muy solo sin ellas después de los años transcurridos, porque eran hermosas y tiernas, con un



cuerpo soberbio, no hinchado por el estado interesante, chicas por las que suspiraba con un deseo vívido y multicolor, chicas perdidas para siempre, y casi me eché a llorar al comprender que nunca más volvería a estar con ellas. Aquello era el matrimonio, aquel sepulcro, aquella vil prisión en la que un hombre impulsado por un deseo sobrehumano de ser bueno, decente e íntegro acababa haciendo el ridículo a las tres de la madrugada, sin otra recompensa que la prole, y una prole ingrata por añadidura. Ya veía a mis hijos echándome a patadas al hacerme viejo, echándome de la casa, firmando papeles para conseguirme una pensión de vejez y deshacerse de mí, un viejo chocho que había sacrificado los mejores años de su vida trabajando honradamente para que ellos pudieran saborear la plenitud de la vida. ¡Así me lo pagaban!

La noche siguiente estaba otra vez en el hospital, esperando el resultado del análisis del doctor Stanley. No quería estar allí. El doctor Stanley asistía a un parto y la enfermera me indicó que esperase en la Sala de Paternidad. Había dos padres esperando, uno dormía en un sillón de cuero, el otro leía una revista. Fumé, me paseé. Era absurdo. No estaba en mi sitio; todavía. Pero allí estaba, paseándome en todas las direcciones posibles, y el que leía la revista supuso que compartíamos la misma suerte.

—¿Qué tal su señora? —preguntó.

—Bien. ¿Y la suya?

—Mal.

Sus ojos eran dos ranuras enrojecidas y había mucha preocupación en su cara. Necesitaba un corte de pelo y un afeitado.

—Hace trece horas que está de parto.